

Λ Una vida, UNA NOVELA

Hollywood
le llamó
"EL DESAGRADABLE"

* * *

En amor
tampoco es
comprendido

MARLON BRANDO

2
PTAS.

ASI ES MARLON BRANDO

Marlon Brando llevó su coche al taller y entregó al mecánico una larga lista en la que indicaba todas las reparaciones que deseaba se le hicieran. Encabezando la lista había escrito en grandes letras: «PLANTESE CUANDO LLEGUE A LOS VEINTICINCO DOLARES».

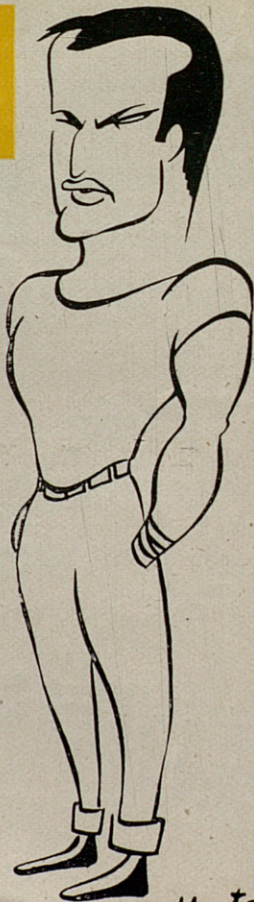
* * *

Marlon Brando siente pocas simpatías por Hollywood. Por eso no resulta extraño que, comentando cierta película dijera:

—Es toda ella referente a Hollywood y la mitad de los personajes son mentecatos. En otras palabras, es casi un documental.

* * *

Marlon fué una noche a un cabaret con una amiga. Ella tuvo que entrar un momento en el lavabo, pero allí se encontró con una compañera a la que hacía mucho tiempo que no veía y se puso a charlar sin acordarse de que Marlon estaba esperándola. Cuando bastante más tarde regresó a la mesa donde había dejado a Marlon, éste ya no estaba. Pero encima de la mesa había una nota que decía: «No puedo explicarme por qué no me has escrito».



MARLON BRANDO

UNA VIDA, UNA NOVELA

MARLON BRANDO

- ◆ *El hombre que ha buscado durante años un amor que tal vez no existe.*
- ◆ *Shelley Winters, Movita, Josiane, y otras muchas, han sido para él idilios pasajeros.*
- ◆ *Sus excentricidades han llamado la atención incluso al poco impresionante Hollywood.*

Volumen n.º 1

de la Colección de Biografías
«UNA VIDA, UNA NOVELA»

*Derechos reservados
Copyright by Ediciones
Cinematográficas, Spain.*

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS
RONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

EN Omaha, Estado de Nebraska, y en una casa blanca rodeada de un hermoso jardín, vivía la familia Brando con sus dos hijas, Jocelyn y Frances. Esperaban su tercer hijo y todos deseaban que fuese un chico. Así sucedió; nació Marlon Brando un día de abril de 1924 y en seguida Jocelyn y Frances le hicieron el rey de sus juegos infantiles.

El pequeño But era el orgullo de sus padres y hermanas. Cariñoso y tímido tenía una gran imaginación que admiraba a todos cuantos le conocían. Podía permanecer horas enteras echado bajo un árbol del jardín sumido en sus pensamientos; otras veces se sentaba a los pies de su madre y allí soñaba y contaba a sus hermanas las más fantásticas historias que imaginarse pueda. La sonrisa maternal, dulce y confiada, vigilaba su fantasía desbordada.

El mundo del pequeño Marlon era su hogar; un hogar feliz en el que los padres conservaban todavía todo el amor de los primeros tiempos, y habían sabido repartir con armonía el cariño entre sus tres hijos. Marlon quería mucho a su familia; también quería a su primo Milles Gaham; iban juntos a la escuela municipal de Libertyville, en Illinois, y era su mejor amigo. Este era el mundo pequeño de Marlon en sus primeros años.

Marlon no era un muchacho sencillo; sus padres y maestros lo habían advertido. Un mucha-

cho difícil con mil facetas distintas. Poseía una gran inteligencia que no aceptaba ni método ni orden; alegre y tímido; con una gran sensibilidad; poco conversador; impenetrable a veces y muy altruista. Tenaz en sus juegos, en sus pensamientos y en sus sueños; amante de la verdad y lleno de inquietud por superarse y llegar al fondo de las cosas que conocía. Sentía un gran amor a la música y la literatura.

* * *

A los quince años, Marlon Brando se cerraba en su habitación y escuchaba discos de Gene Krupa; su atención se centraba especialmente en el tambor de la banda. Su sentido del ritmo era ya entonces extraordinario y la música afro-cubana su favorita.

La familia Brando recibía directamente las consecuencias de su afición por el tambor.

—Papá —dijo un buen día Jocelyn, la hermana mayor—, compra un tambor a But. Va a terminar con todas las latas de la casa.

—Vaya, veo que el muchacho quiere ser músico. ¿No es eso, But? —preguntó el padre en tono condescendiente y carifoso.

But miró fijamente a su padre y su respuesta fué rápida: —«No, papá; no quiero ser músico.» —Marlon se había quedado serio.

—Eres muy joven todavía para saber lo que quieres, hijo. De momento irás a la Academia Militar de Shattuck. Después tú decidirás.

El sol entraba a raudales por el gran ventanal en la alegre sala de estar. A Marlon le obligaba

a cerrar los ojos; estaba sentado en la ventana abierta que daba al jardín, se levantó y fué hacia su madre que le miraba sonriente.

—Acepto tu proposición, padre; pero quiero que sepáis cuál es mi desso. Estudiaré dos años en Shattuk y después me dejaréis ir a Nueva York. Quiero estudiar Arte Dramático. Iré a Nueva York a estudiar Arte Dramático.

Su voz se escuchó firme y decidida; sus ojos miraban con dulzura a su madre. También los padres se miraron rápidamente. Conocían bien al muchacho; sabían que cuando Marlon, poco hablador, decía algo, la seguridad avalaba sus palabras.

—Sea como tú quieres, hijo. Si después de dos años en la Academia Militar no has cambiado de idea, irás a Nueva York. Que todo te sea fácil, Marl, una cosa u otra.

El padre había hablado y Marlon, contento y feliz, sonrió agradecido. Besó a su madre. Comprendía siempre cuánto valían sus silencios.

—Ya verás, mamá. Cuando sea un actor dejarás de oír que soy un excéntrico. A veces no puedo evitarlo, madre. Aquí me ahogo.

—El camino que piensas escoger es difícil y lleno de obstáculos y sacrificios, hijo mío. Necesitarás una gran fuerza de voluntad. Ve con cuidado y piensa en nosotros, But.

Dos años más tarde, Marlon Brando, con una maleta y una chaqueta de cuero veía un nuevo mundo. Un mundo extremadamente ordenado. Los rascacielos se levantaban hacia el cielo; el tráfico producía vértigo y But vió que las luces de colo-

res que él imaginara en sus juegos infantiles parpadeaban por encima de los edificios.

Se inscribió en la Academia de Arte Dramático e inició su etapa de estudio y concentración. Marlon aprendía continuamente; cada día algo nuevo; y todo aquel apredizaje lo convertía en obra maestra que guardaba en su corazón y en su cerebro para allí cristalizar. Su interés y tenacidad eran una sorpresa cotidiana para sus profesores. Cuando estudiaba un papel se concentraba de tal modo que el resto del mundo desaparecía para él. Llegaba la representación y Marlon se superaba; después quedaba extenuado por el esfuerzo, deprimido por su introversión absoluta.

Pronto fué contratado para actuar en un teatro de Sayville, en Long Island. Encontraba su camino, por su voluntad se configuraba y tomaba realidad. Pero esto no era el límite para Brando. Llegó su oportunidad en Hollywood; su primera película para el productor Stanley Kramer se tituló «HOMBRES». Kramer sintió en seguida por el joven actor excepcional una gran simpatía. A Marlon no le gustó Hollywood; aquel ambiente le desagradaba y no perdía ocasión de manifestarlo:

—No me gusta Hollywood. Aquí todo son intereses creados, con los críticos y los propagandistas. Me llaman el «desagradable Brando» porque no he querido venderme. Estoy harto de Hollywood.

Era verdad que le llamaban «El desagradable Brando». Su jersey a rayas azules y blancas, que le daba aspecto de pescador, molestaba a todos aquellos que todavía creían en el «glamour»; sus pasos se comentaban con asombro. También le

llamaban «excéntrico y loco». Miles de historias se propagaban por Hollywood acerca de sus excen-tricidades. Marlon jugador de Yogui; Marlon pasando por un pasillo de un hotel de Nueva York con una horrible máscara de caucho. Marlon en motocicleta por la Sexta Avenida con un chaqueto negro de piel.

Una noche fué invitado a una gran fiesta organizada por una millonaria de Hollywood. Marlon se presentó con su jersey de rayas y despeinado. A pesar de esto la señora parecía decepcionada.

—¿Usted es Marlon Brando? Parece usted un hombre completamente normal...

Y Brando, inmediatamente, hizo una voltereta por el aire y se puso con la cabeza en el suelo. Para sus excen-tricidades de aquella noche Marlon tuvo una explicación sencilla: «No quería decepcionar a la dueña de la casa.»

—Me gusta ser aquel que el público espera que sea en un momento determinado.

En otra ocasión, Marlon, con un grupo de gente joven, amigos suyos, se fué de excursión en moto desde Manhattan a la roca de Wally Cox. Una vez arriba, But quiso imitar a Tarzán: subía a los árboles con toda la vitalidad de su juventud, y el grito salvaje característico del hombre mono recorría el aire. Sus amigos le imitaron. Finalmente, el cansancio hizo presa de ellos y cayeron exhaustos sobre el césped tibio y acogedor. Marlon les observó con atención; la risa se dibujó en sus labios y continuó arrastrándose por la hierba hasta alcanzar el arroyo. Hundió su cara sudorosa en el agua clara y fresca que se deslizaba entre

las piedras; bebió ansiosamente y luego, riendo francamente, se tendió al sol.

Una tarde de lluvia, en el centro de Manhattan, a la salida de los teatros, Marlon, con su clásico jersey y una chaqueta de cuero, esperaba junto a su moto sucia y vieja a una preciosa mujer que llegó con un maravilloso traje de noche. Marlon la montó detrás de su moto y la llevó a su departamento. Al entrar en él, ella miró con curiosidad el espectáculo que se le ofrecía: muebles modernos y confortables estaban distribuidos de manera extraña e inconcebible.

—¿Esta es tu casa? No comprendo qué disposición es la que has adoptado para tus muebles — La joven estaba indignada, pero el departamento le había sorprendido lo suficiente para hacer la pregunta.

—Es muy sencillo, querida. Colocados de esta forma no me impiden moverme con toda libertad. Así puedo trabajar, bailar, estudiar y... hacer batallas con pistolas de agua. No olvides que soy un hombre de hogar y detesto los cafés.

—¿Es aquí donde practicas toda esa clase de juegos que ya son célebres en Nueva York? — preguntó la joven con ironía, sin acabar de reponerse de su asombro.

—Sí, ya lo ves. Si quieres, luego puedo hacerte unas exhibiciones de esos famosos juegos. Te dejaré ver mis pistolas de agua. Antes vamos a comer unos bocadillos que he preparado.

—No, Marlon. Es una satisfacción para mí decirte que no quiero probar tus bocadillos ni ver tus pistolas de agua. Has conseguido decepcionarme, Marl. No esperaba que tu falta de delicadeza y co-

rrección alcanzase a exhibirme por Manhattan sobre tu detestable moto en un día de lluvia. Mira, has estropeado mi vestido. ¡No quiero nada tuyo! Eres un excéntrico. Voy a marcharme y te digo adiós para siempre. Busca una mujer que pueda entender lo que dicen tus amigos que son «genialidades». Mañana iré al Metropolitan con John, que irá vestido correctamente; deseo olvidar cuanto antes tu horrible camiseta que parece llevar cosida a la piel.

Brando no podía sonreír. La muchacha lloraba mientras recogía su capa de pieles. Marlon comprendía que le había hecho daño y no podía evitarlo. Le abrió la puerta tímidamente.

—Lo siento de veras, Rosalynn. Creo que tienes razón. Debo de buscar una mujer que sea capaz de comprender mi manera de ser y de comportarme. Alguien que no se sorprenda ante esta habitación y que le parezca natural que le ofrezca unos bocadillos hechos por mí. Celebraré que todo vaya bien. Trata de pescar a John, él sabrá hacerte feliz. Despidámonos como dos buenos amigos.

Estas anécdotas y otras llenas de originalidad se contaban de Marlon. En Hollywood y Nueva York, hablar de Marlon Brando suscitaba siempre comentarios más o menos maliciosos. Y sin embargo, Marlon era sincero. Tenía que encontrar a una mujer que considerase naturales todos sus actos. Era preciso. El recordaba con nostalgia su hogar. Esa mujer debía de estar en alguna parte, lo importante era dar con ella. Este pensamiento llegaba incluso a torturarle. Con seguridad que ella le esperaba a él del mismo modo, con la misma impaciencia. Las mujeres que había conocido no

comprendían hasta dónde puede ser reacción y defensa en un ser poco sociable como él esas excentricidades. Marlon esperaba, pero el desaliento se apoderaba de él.

Era por el año 1951 cuando Elia Kazan buscaba un actor para el nuevo guión que tenía en proyecto. La fina sensibilidad del director le indujo a elegir sin vacilar a Marlon Brando. El hombre con cara de europeo meridional podía ser perfectamente su Stan Kowalski de «Un tranvía llamado Deseo». Los ojos de Brando, soñadores y misteriosos, llevaban consigo la luz del arte. Era en su mirada donde descubrió Kazan que la poesía se convertía en realidad. Marlon pudiera ser fácilmente un polaco que hubiera perdido su patria. Un hombre como los de la vieja Europa, algo triste y con la inquietud reflejada en su rostro. Marlon aceptó porque admiraba sinceramente al que consideraba el maestro genial de la cinematografía moderna. Era la oportunidad de Brando. Su interpretación fué extraordinaria. Su triunfo le abrió las puertas del éxito y la celebridad. Elia Kazan estaba satisfecho de su trabajo:

—Marlon Brando tiene poesía en la cara. Sensibilidad en cada acción y completa identificación con los papeles que interpreta.

Marlon se había revelado como un gran actor de ardiente temperamento. El esfuerzo que había realizado le dejó exhausto. Tuvo que ir a un psiquiatra. El doctor Mittleman le recomendó tranquilidad y ejercicios físicos al aire libre. But le obedeció. Mejoró físicamente, pero moralmente continuaba su inquietud agobiante del que necesita

a alguien en quien descansar. Recordaba entre sueños a una muchacha sencilla y quieta que había pasado por la sala de espera con un niño de la mano:

—Josiane —había dicho el niño— ¿me contarás el cuento del enano?

Josiane había mirado a Brando con sus grandes ojos de niña y desapareció por la otra puerta con una sonrisa para el chiquillo. Marlon decidió volver a casa del doctor para tratar de enterarse de quién era aquella institutriz de nombre francés. La llamada de su amiga Kramer le distrajo de este pensamiento. Quería que fuese a Hollywood para interpretar otra película, «El Salvaje». Marlon accedió por su gran sentido de lealtad y amistad.

En Hollywood vivían las actrices. Pensó que tal vez estuviese entre ellas la mujer ideal que él buscaba. Inició sus idilios amorosos con las estrellas. Marlon es hombre de gran sensibilidad; en determinados momentos aparecía como un romántico convencido. Entonces su delicadeza era proverbial; trataba a su amada con veneración; la esencia de la cortesía y de la consideración; lleno de un vivo interés hacia la mujer a la que rendía pleitesía. En otras ocasiones, decepcionado, adoptaba una posición de hombre brusco y mal educado. Entonces su juego consistía en aparecer como extremadamente desinteresado hasta que conseguía alcanzar la cúspide del idilio, una vez remontada, el fastidio se apoderaba de él y la muchacha sufría las consecuencias. Esto sucedió con varias de las más famosas estrellas de Hollywood: Roberta Haynes, que manifestó que Marlon la trataba como una sirvienta; Marilyn Monroe, con la que acabó pronto

el idilio porque su popularidad le impedía manifestarse como una fracasada más ante Brando; Bella Darvy y Josanne Mariani. Shelley Winters, la mujer que tenía en Hollywood una corte incondicional de admiradores dispuestos a hacer realidad su más pequeño capricho, se enamoró también de Brando. Shelley admiraba su arte y Marlon admiraba su belleza. El idilio tuvo en sus principios cierto interés. El amor de Shelley se fortalecía al convivir más íntimamente con Brando, y la estrella se puso al descubierto. Marlon lo advirtió, y a partir de aquel instante perdió el romance todo interés para él. Se mostraba poco correcto con ella, incluso desagradable. Shelley, nerviosa, intentaba por todos los medios atraerlo. Marlon, molesto, decidió poner fin a aquella persecución ridícula. Una noche, al salir de los estudios, la acompañó a su casa. Hicieron el camino a pie. Un rayo de luna iluminaba la cara de Shelley que miraba el reflejo del asfalto húmedo. Parecía cansada y Marlon sabía que sus palabras iban a hacerle daño. Durante unos minutos caminaron en silencio; los pasos de ella eran el eco de los de él. Marlon se detuvo de pronto y miró fijamente a Shelley; la luz roja de un letrero luminoso encendía alternativamente su semblante. Estaba bonita aquella noche y Marlon admiraba la belleza física también.

—Shelley, será mejor despedirnos para siempre —dijo con dulzura.

—Marl, yo te quiero; no puedes portarte así conmigo.

La voz de la estrella era de súplica.

—Es necesario; yo no deseo hacerte daño. De veras. Creo que puedes encontrar un hombre me-

jor que yo. Eres guapa, Shelley, y los hombres se rinden ante ti. Todo se arreglará. Yo no soy el hombre que te conviene. Me pone nervioso esta persecución absurda que no conduce a ninguna parte.

Shelley Winters calló. Marlon había hablado con claridad y no era oportuno hacer comentarios. Era mejor subir a casa sin una palabra más. Marlon quedó solo en medio de la calle; llevaba mucho tiempo solo y esto le tenía inquieto. Sus flirteos con las estrellas que a veces le parecían esteotipadas continuaban, pero cada día que transcurría le traía una nueva decepción. Aquella situación era insoportable. Las actrices famosas tenían una sola preocupación a la que sacrificaban todo lo demás, hasta su vida privada: la propaganda. Vivían para la publicidad en el cine y fuera de él.

Afortunadamente para Marlon, el rodaje de «El Salvaje» había acabado y el actor declaró a un periodista:

—Me marchó de Hollywood, ya que en realidad hace tiempo que estoy fuera de él. Hollywood representa para mí dos cosas: experiencia y botín. Volveré cuando necesite dinero. Ahora me voy a Nueva York.

Así lo hizo. Una vez más abandonaba la Meca del Cine. En Nueva York encontró a Elia Kazan.

—¡Hola, Marlon! Celebro que estés aquí de nuevo. Tengo un guión magnífico para ti.

—¿De qué se trata? Ya sabes que puedes contar conmigo. Para mí tú estás fuera de Hollywood y eso es tu mejor garantía.

Elia Kazan le habló de una película ambientada en Méjico, «Viva Zapata».

—Quiero que antes de empezar a filmar vayas a Méjico y estudies a fondo sus costumbres.

Marlon Brando aceptó entusiasmado. Le ahogaba el ambiente de Hollywood; deseaba dejar atrás aquel mundo de cartón.

Méjico fué para Marlon una paleta de colores vivos y una manifestación de vitalidad ardiente. El país de mujeres de ojos grandes y trenzas negras. Marlon recorrió sus calles alegremente. Trataba de fijar en su retina aquel tipismo nuevo, mezcla de indios y españoles. Méjico semejaba haber surgido de un cráter gigantesco. Estaba rodeado de montañas caprichosas por todas partes a excepción del Este, donde las grandes llanuras y el lago Texcoco daban un nuevo aspecto a los límites del valle mejicano.

Un día, en Taxco, lugar pintoresco atravesado por el Río Grande, su amigo Loy Lamont le presentó a Movita, una mujer guapa e inteligente, con unos bellos ojos oscuros. Movita trajo a Marlon la paz y la felicidad.

Movita era mayor que Marlon. Había sido hija de una familia numerosa y pronto tuvo que introducirse en asuntos de varietés: tocaba la guitarra y cantaba. A los quince años se había casado con un boxeador; tuvo dos hijos y ambos murieron. Después de cinco años de matrimonio se separó de su marido y tres años más tarde conoció a Marlon Brando en Méjico. Ella había ido allí desde Hollywood como asistente de los artistas y para Marlon fué la liberación de su buscar infatigable.

Cuando Elia Kazan trabaja le gusta que todos los que integran su «equipo» se diviertan; de esta manera Marlon y Movita comenzaron una amistad que se convirtió en indispensable para los dos. Todas las tardes, al terminar el rodaje, Movita y Marlon, cogidos del brazo, paseaban con optimismo su felicidad por las calles y jardines de Méjico. Descubrían juntos todo el encanto y tipismo de la ciudad.

—Mira, Movita. Este es el Méjico que yo imaginaba. Si supiese pintar me gustaría captar este momento: un cielo azul oscuro se extiende sobre el Popocatepelt y el Ixtaccihuatl; sus nieves eternas, perfiladas en lo alto, parecen querer proteger a la ciudad edificada a sus pies.

—Marl, me gusta estar contigo, querido. A tu lado todo se hace maravilloso. ¿Qué don es el tuyo?

—Mi don eres tú, Movita. Ven; vamos a bajar y adentrarnos en los arrabales del Barrio Viejo. Advertirás la diferencia entre el Barrio de la Bolsa, con sus casuchas bajas y miserables, y todo lo nuevo que has visto hasta ahora. Resulta brutal. Nos sentiremos transportados de una gran población a una aldea apartada y pobre. Quiero que Méjico no tenga secretos para nosotros, Movita.

Hacían el camino alegremente. Al anochecer, los barrios del Méjico antiguo, con su cinturón de arrabales, cobraban vida y se ponían en movimiento; las calles se tornaban bulliciosas y pintorescas y un espectáculo original se presentaba para los extranjeros; calles inundadas de hermosas mujeres, lujosos coches, representantes de tribus indias tristes y degradados.

—Mira, Movita; ese indio es descendiente de los primitivos tznsis...

También habían paseado juntos por la Avenida del Madero, siempre alegre, con tiendas en ambas aceras. La gente podía ver a Marlon con su niky de uniforme y sus ojos puestos en los de Movita. Recorrieron bajo la sombra de los fresnos el Paseo de la Reforma y los jardines circundantes.

—Parece que aquí se reúne toda la gente elegante de Méjico, querido; nos miran como si fuésemos seres extraños. Salgamos de aquí, Marlon.

—Vamos, quiero enseñarte la Catedral.

Al salir de la catedral, Movita era feliz. Junto al Portal de las Flores se detuvo.

—Quiero rosas, Marl. Muchas rosas; serán el símbolo de estos días felices que pronto se convertirán en un recuerdo.

Marlon compró las flores. Ya de noche, paseaban por el bosque de Chapultepec.

—Me recuerda el Bois de Boulogne, Marl, pero más chico. Ahora comprendo que los mejicanos llamen a su ciudad «Pequeño París».

A las palabras de Movita siguió un silencio. Movita, de pronto, se había entristecido; vivía aquel momento y pensaba que pronto acabaría el plazo de su felicidad. Un frío penetrante le hizo estremecerse y se refugió en Marlon. El la rodeó con sus brazos fuertes y seguros; fué a besarla pero se detuvo:

—¿Estás triste, Movita? Hoy nos sonríe el mundo. Yo soy feliz y quiero que tú lo seas; no sería justo.

—¿Por qué eres feliz, Marl? —preguntó Movita, con voz estremecida.

—Porque tú estás conmigo, querida. Por eso quiero verte sonreír. Y sin embargo, pareces no ser feliz. ¿En qué piensas? —preguntó él, mientras acariciaba su semblante dulcemente.

Movita sabía que aquel momento era definitivo. Dependía de su respuesta el imprimir firmeza a aquel amor que para ella lo era ya todo. «Viva Zapata» llegaba al fin del rodaje. Movita debía de defender su felicidad, sólo concebida al lado de Marlon. Estaban juntos en el Bosque de Chapultepec. Por encima de ellos, la sombra silenciosa y melancólica de los altos árboles. Era preciso ser valiente. Movita se decidió; se separó un poco del hombre que la miraba con ternura:

—Marlon —dijo—, pensaba en estos días que hemos pasado juntos. Deseo que me lleves contigo a Hollywood cuando regreses. Ha sido todo demasiado hermoso para convertirlo en una aventura vulgar.

Marlon la estrechó más fuerte entre sus brazos y una sonrisa vino a tranquilizar a Movita por su audacia.

—Sí, querida. Yo tampoco podría dejarte ahora. Es nuestro amor todavía muy joven y yo quiero que permanezca entre nosotros siempre.

Todo había sido muy sencillo. Movita le ofreció sus labios y su beso fué largo y apasionado. Ahora sonreían los dos, felices. Cuando regresaron, la gente se volvía con picardía para verlos pasar. A Marlon le molestó.

—No te preocupes, querido —trató de tranquilizarle Movita—. La gente necesita tener alguien de quien ocuparse. Ahora somos tú y yo los protagonistas de sus pensamientos; prescindamos de sus

opiniones y sus miradas maliciosas. Tú y yo juntos; lo demás no importa. Tu arte por encima de todo.

Marlon la miró a los ojos. Había entendido sus palabras y no pudo reprimir su impulso. Se acercó a Movita y le dio un beso en la punta de la nariz; puso a Movita sobre sus hombros y de esta manera la llevó hasta el coche. Ella reía feliz. La gente les contemplaba con asombro.

—Querido, la gente opina que no es un método muy ortodoxo de hacer el amor; pero no les hagas caso, a mí me encanta. Me gusta tu manera de ser y lo espontáneo de tus actos. Sé siempre así, Marlon, y seré feliz.

Esta es la mujer que parecía necesitar Marlon. Una mujer capaz de dominarle en ciertos momentos y de poner orden en su vida. Ella sabía bien cuando debía contradecirle y cuando era conveniente ceder. Regresaron juntos a Hollywood. Los periodistas querían importunarles y ellos huían incansablemente. Movita no quiso aprovechar ni la fama ni la amistad que la unía a Brando. El estaba contento y le parecía que aquella mujer era imprescindible para él. La presentó a su familia y a sus amistades. Todos les miraban con simpatía y estaban de acuerdo en afirmar que formaban una pareja perfecta.

—Creo que Movita está hecha para Brando. Es la persona adecuada para comprenderle.

Existía entre ellos una «locura de amor» que los tenía unidos. Se rumoreaba que estaban casados secretamente. Ellos permanecían ajenos a todo lo que no fuese su amor. Los periodistas inventaron las leyendas más absurdas en torno a la pareja.

Marlon, cansado de aquella propaganda falsa, empezó de nuevo a hacer excentricidades. Parecía nervioso. Por su naturaleza no es conformista y aquello le irritaba. Un hombre confuso, atormentado y supersensitivo como él, que de pronto había encontrado gusto a la vida, no podía tolerar la publicidad que se daba a su vida íntima, lo único que él guardaba y defendía del exterior. Los periodistas volvieron a llamarle loco. Movita le defendía:

—No hay nada raro en él. Cada hombre tiene su manera de ser. Marlon necesita ser fiel a sí mismo para no sentirse tan desgraciado. Denominan locuras a lo que forma parte de su temperamento, de su genialidad; Hollywood se dará cuenta de esto tal vez demasiado tarde, cuando Marlon pertenezca al cine europeo. Es un genio y la gente no lo comprende. Obra con el corazón, nunca con la cabeza.

Marlon decía a Movita:

—Yo no soy un ángel, querida. Fui siempre extremista en mis actos y en mis diversiones, pero mi vida privada me incumbe sólo a mí; ni llevo pendientes ni monto sobre una escoba. No sé si soy mejor que los demás, pero sé positivamente que soy distinto. Ya ves, trato de hacerte feliz y todavía no lo he conseguido. Algunas veces temo no estar capacitado para ello. Esta es mi preocupación. Tengo miedo de que algo pueda fallar en nuestro matrimonio. ¡Y no quiero que la prensa me complique más la vida! Intento cooperar con los periodistas, hasta procuro ser amable con ellos y ayudarles. Pero un hombre tiene derecho a su vida privada, más aún si es un actor y atentan

a invadirla. Mañana reuniré a la prensa y se lo diré amablemente. Creo que nuestro amor es asunto nuestro.

Se acercó a Movita y la besó en la frente.

—Querida, siento profundamente que los periódicos escriban que yo quiero más a mi pequeño coati que a ti, que lo eres todo para mí. Son mentiras ridículas y tú lo sabes, ¿verdad?

—Sí, Marl; no te preocupes por esto.

—¿Crees que nuestro matrimonio será una solución? Movita, tú conoces a mi familia; yo quiero que nuestro hogar sea como aquel, para toda la vida.

—Querido, no creo que pueda ayudarte en esto. Deseo que sepas que no pretendo casarme contigo si tú no lo deseas. Quiero tu felicidad por encima de todo. Esto es lo importante. Sé muy bien que en ti manda el corazón y no la mente. Obedeces a tus instintos, pero la gente es tan necia que no comprende que tus instintos están siempre en el buen camino.

—Me creen insensible y no es así —dijo con amargura Marlon—. No es más que un arma que empleo por ser demasiado sensible.

—No debes de preocuparte de eso, Marl; ellos no te conocen; creen que eres rudo, violento y loco, pero nadie que te conozca y haya trabajado contigo puede creer esas tonterías. Todos te quieren, Marlon, porque te saben sincero.

—Y ¿no puedo fingir, Movita, y esto me perjudica; si hay doscientas personas en una habitación y una no me gusta, me marchó de la reunión. Creen que desprecio a la gente y a mí me interesa el concepto que ellos tengan de mí. Ni por un

momento trato de decepcionarles. Les doy lo que ellos quieren que les dé. Si no quieren al excéntrico, cambiaré. Compraré trajes, camisas y corbatas.

—Querido, la gente sabe que tus interpretaciones son geniales; creo que ha llegado el momento de que descubran al verdadero Marlon, al que yo conozco y quiero; a mi maravilloso y apasionado Marlon.

—Movita, necesito tenerte a mi lado para estar seguro de mí mismo. Debemos de estar siempre juntos.

* * *

Y juntos marcharon a Europa. París les vió reír y mirarse amorosamente. Movita fué para Marlon, en el viaje, una magnífica guía; conocía bien Europa y dominaba varios idiomas. De regreso a Hollywood, los maliciosos decían que habían vuelto porque Movita deseaba visitar a su familia, que residía allí. Marlon fué solicitado para filmar «JULIO CESAR». Aceptó el contrato y se rodó la película. Su carrera cinematográfica ascendía vertiginosamente. El estreno de «Julio César» constituyó un gran éxito y la noticia se propagó. En Nueva York, la noche del estreno le preguntaron si había leído las revistas:

—Nunca leo revistas; o te alaban o te apalean, pero nunca te ayudan.

Por su actuación en «Julio César» le concedieron el Oscar a la mejor interpretación del año.

Marlon Brando quería marcharse de Hollywood definitivamente; estaba decepcionado de sus sistemas. Voló a Nueva York y fué a ver a Elia Kazan.

Este le habló de un guión sobre los escándalos portuarios. Brando accedió a interpretar en la película el papel de Terry Malloy, ex pugilista que ha colgado los guantes y que no posee otra ambición que cuidar de sus palomas. La parte principal de la película ocurría en Hoboken, Nueva Jersey. Empezó el rodaje; Marlon aparecía cada día con pantalones de trabajo y chaqueta de piel. Se desplazaba de su departamento a los estudios en tren o en metro y apenas era conocido. Cuando le reconocían firmaba autógrafos. Nunca en su vida ha dejado de firmar uno.

En la «Ley del Silencio» se aunaron una dirección y una interpretación perfectas. En la última Bienal de Venecia, el público, atónito, premió su presentación con la ovación más entusiástica que se ha escuchado jamás. Hollywood se rindió ante la evidencia y se le llamó «El Genio» y el actor más importante del mundo. La actuación de Marlon Brando era impresionante y la película una de las más reales, tensas y dramáticas que el cine ha ofrecido en los últimos tiempos.

Cuando terminó el rodaje de «La Ley del Silencio» quedó exhausto. Se había concentrado con tanta intensidad que había quedado sin fuerzas. Pero su agente le firmó un contrato con la M.C.A. para rodar «El Egipcio». Brando se trasladó a Hollywood y empezó a estudiar el papel. Lo encontró difícil y no podía concentrarse. Últimamente se había disgustado con Movita y no sabía qué partido tomar, porque lo cierto es que la quería y temía perderla. Deseaba casarse y al mismo tiempo sentía la inquietud de que había muchas cosas en el mundo que él no había visto y le esta-

ban esperando. Su matrimonio debía de ser para toda la vida. Le desconcertaba la relación que existe entre matrimonio y libertad, responsabilidad y despreocupación.

En el Estudio encontró a Jean Simmons y esto le animó; eran buenos amigos. Jean Simmons consideraba a Marlon Brando el mejor actor del cine mundial y Marlon decía que Jean tiene la maravillosa virtud de conseguir que las frases de los guiones, dichas por ella, se eleven. Ve en ella una artista con quien tiene que competir y esto le agrada porque le gusta lo difícil. Marlon, en esta ocasión, estaba demasiado confuso y no ponía el corazón en su interpretación. Sus nervios no estaban equilibrados y decidió regresar a Nueva York a ver al psiquiatra Mittleman. El mismo doctor telegrafió a los estudios: «Tendrían que prescindir de Marlon durante diez semanas».

Mittleman había visto que Marlon estaba agotado y no le era posible hacer la película en aquellas condiciones, ni con la advertencia de una demanda judicial. Mittleman era amigo del actor y se interesaba por su estado de crisis. Le invitó a cenar una noche. Marlon se presentó allí y volvió a ver a la muchacha que ya en otra ocasión le había impresionado. Era la institutriz de los niños del doctor Mittleman; una muchacha sencilla y graciosa, de grandes ojos: Josiane. Ella también pareció advertir el interés que había causado en el actor. A Marlon le gustó aquella casa, el matrimonio, los niños y, sobre todo, Josiane. Frecuentaba a menudo la casa del doctor y su estado de depresión mejoraba. Pasaba allí tardes enteras; jugaba con los niños y con Josiane. A medida que

Marlon mejoraba, la institutriz se enamoraba del actor.

—Josiane, eres deliciosa. ¿Sabes que me estoy enamorando de ti? Admiro en ti algo más que tu belleza; admiro tu sencillez y tu espontaneidad. No hay en ti esa pose estudiada de las estrellas de Hollywood —le dijo Marlon en cierta ocasión.

Nadie sabía por qué frecuentaba con tanta insistencia la casa del psiquiatra; creían que el doctor había dado de nuevo la tranquilidad al actor genial, pero desconocían que en aquella casa estuviese una joven institutriz francesa.

Josiane sabía que Brando estaba impresionado; se había enamorado de él y quería aprovechar su oportunidad. Tiempo atrás, Josiane sirvió de modelo a un pintor polaco, Kisling; posó para ocho cuadros, en uno de ellos, «La muchacha de la flor de lys», aparecía casi desnuda. Marlon estaba preocupado por este detalle; se lo había dicho al doctor, íntimo amigo de Kisling, por si había posibilidades de poder recuperar los cuadros. Josiane, desde que fue modelo del polaco, había soñado con la locura del cine y con las cámaras que ciegan. Marlon representaba para la institutriz francesa el resorte capaz de abrir las puertas de Hollywood, la Meca que había sido escenario de sus sueños de gloria.

Aquellas semanas en que la mente de Marlon era presa de la depresión, Movita apenas le veía. Ella intuía lo que esto podía significar y callaba; respetaba la ilusión que había aparecido en la vida de Marlon. Sabía también ser «la madre de Marlon», como en cierta ocasión la calificara un periodista.

Una noche, un hombre llamó a la puerta del departamento de Marlon:

—Tengo que darle una noticia acerca de su nombramiento para la Academia de Award —dijo en voz baja.

Brando abrió la puerta. Rápido como un relámpago, el hombre deslizó una citación del juzgado en su mano.

—Soy un empleado del Tribunal, considérese servido.

Aquello colmó la medida. Marlon se enfureció. Llamó a Movita por teléfono. Movita acudió rápidamente.

—¿Qué te sucede, Marl?

—Mira —dijo, alargándole la citación—. ¿Cómo he sido tan estúpido? Vanidad, pura vanidad.

—No es vanidad, querido. Te han dado un Oscar por «Julio César».

—¡No importa, Movita! Lo único que he sabido ganar son citaciones —gritó excitado, Brando. Siguió un silencio y, de pronto, Movita comenzó a reír. Esto desconcertó al hombre.

—Querido, eres un chiquillo. No debes de preocuparte por esto. Ahora mismo telefonaremos a Lew Wasserman y él cuidará de todo. Verás como este asunto se arregla en seguida.

Se sentaron juntos y Movita acarició la frente de Marlon con coquetería y ternura.

—Amor mío, tú no debes de preocuparte por estas cosas. Tú habías dicho que no podías interpretar «El Egipcio» aunque tuvieras que comparecer en un proceso. Necesitas tranquilizarte, Marl; todo se olvidará en cuanto adviertan que les eres imprescindible para interpretar el Napoleón de «Desirée».

Movita volvió a reír y Marlon la sacudió. Había conseguido tranquilizarse.

—Eres un ángel, querida. Ahora me siento mucho mejor. ¿Quieres dar un paseo por la Avenida 57? —su voz había surgido espontánea y en sus palabras no había ni timidez ni humillación por haber estado alejado de ella las semanas anteriores.

Mientras paseaban, Marlon recordó que hacía tres años que había conocido en Taxco a la mujer que llevaba a su lado.

—Movita —habló él—, quiero celebrar una fiesta en tu honor. Ahora he comprendido que te quiero sinceramente. Nunca soy tan feliz como a tu lado.

—Sea como tú quieras, Marl; yo deseo tu felicidad.

La voz de Movita había sido dulce y amorosa.

—Celebraremos la fiesta en mi departamento de Carnegie Hall; detesto las salas de baile y los cafés. Una pequeña fiesta con nuestros mejores amigos. ¿Te parece bien? Les diremos que es para celebrar mis tres años de amistad contigo, querida.

Fué una cálida, maravillosa e inolvidable reunión. Todos los amigos que asistieron a ella comprendieron que la causa fundamental era el amor; la clase de amor que es tan difícil encontrar; el amor que pide valentía y sacrificio y da placer y dolor. Los invitados bailaron, bebieron y cantaron música negra, que tanto le gusta a Brando. Hacia la madrugada, Marlon y Movita se encontraron en la penumbra de un rincón del estudio. Marlon des-

lizó su brazo alrededor de la cintura de Movita y sacó del bolsillo un paquetito. Era un hermoso anillo incrustado con pequeños brillantes. Marlon tomó la mano de Movita y le puso el anillo en el dedo.

—Este es el anillo del tercer aniversario de nuestra amistad —le dijo en voz baja.

Movita hizo un esfuerzo por aparecer serena, pero en sus ojos habían surgido ya dos lágrimas brillantes.

—Gracias, querido —murmuró—, gracias. Y le besó con todo su amor.

La felicidad duró muy poco. Noches después, una llamada de su tía Oliva, desde Pasadena, anunció a Brando:

—No te alarmes. But, pero tu madre está muy enferma. Ha tenido que detenerse forzosamente aquí cuando regresaba de Méjico con tu padre. El médico ha dicho que es un ataque de apoplejía y la hemos llevado al hospital.

Mientras Marlon estaba en Nueva York en tratamiento psiquiátrico le demandaba la M.C.A. por cuatro millones de dólares y su madre se moría lentamente. Todas las noches sostenía conferencias telefónicas con Pasadena; las noticias no eran optimistas. Tuvo que trasladarse con urgencia a aquel pueblo. Mientras él abandonaba Nueva York lleno de preocupación, una revista le acusaba de romper su matrimonio con la actriz Roberta Haymes.

Marlon y sus hermanas pudieron ver la muerte de su madre. Quince días después, cuando to-

davía Marlon no había podido reaccionar de la desgracia recibida, moría su primo Milles Gaham, piloto de la América Linn, por el que Brando sentía un verdadero cariño desde su infancia.

El efecto que estas dos muertes causaron en Brando fué desolador. Lloró durante días enteros. Movita fué su consuelo. Le dió valor para que volviera a los estudios a fin de filmar «Desirée» y «La vida de Edwin Booth». Ya más calmado, Marlon telefonó una tarde a Josaine, a casa del doctor Mitlleman; le contestó el mismo Mitlleman y le dijo que Josiane había regresado a su casa del Baldon, en la Costa Azul. Para ella el triunfo de Movita era demasiado doloroso. En Nueva York todo le recordaba a Brando, el hombre al que tanto había querido.

Marlon, una vez terminado el rodaje de «Desirée» y «La vida de Edwin Booth», decidió hacer un viaje a Europa. En otoño, París cobraba vida y se rejuvenecía. Cuando llegó a la Ville Lumière se hablaba de un casamiento secreto entre Denise Marcel y Marlon Brando. Marlon fué el primero en reirse de esta fantasía. Pero su alegría fué breve.

—Esto no es más que una farsa que no comprendo quien ha podido tramar. ¿Qué importancia tiene que mi estancia aquí coincida con la de Denise Marcel? Esto no prueba nada. De hecho, ninguno de los dos nos habíamos puesto de acuerdo para encontrarnos. La he visto y hemos salido juntos porque es bonita y me place su compañía. También he visitado a María Félix y a mi amigo Franky Laine.

Marlon estaba inquieto; el asunto de Denise Marcel le había molestado. Recordó a Josaine y quiso verla. Un buen día apareció en Baldon, un pueblecito cercano a Tolón, en la Costa Azul. Encontró a Josaine en el desembarcadero; discutía con unos pescadores. Su rostro tenía algo de tristeza; un rayo de sol descendía sobre ella y daba a su silueta un aspecto intangible. Parecía interesada por las palabras del viejo pescador, que le hablaba con la pipa entre los labios.

—¡Josiane! —llamó Brando.

Josiane volvió su cara morena hacia él, le miró detenidamente y corrió con sus pies desnudos por la arena. Marlon la esperaba con los brazos abiertos, unieron sus labios y Josiane cerró los ojos.

—¡Querido, qué alegría verte! Otra vez juntos...

—Sí, pequeña. Déjame que te mire. Siempre te había imaginado en este marco; pareces una verdadera pescadora. Tu padre estará contento de ti.

Reían los dos, felices, y Josiane no quiso preguntar nada. No sabía cómo andaban las cosas por Nueva York, ni cómo estaban las relaciones de Marlon y Movita. El estaba allí, en su pequeña ciudad, y había venido a verla. Subieron a una barquita y remaron con fuerza mar adentro, por el Mediterráneo azul y limpio.

Al día siguiente, los periódicos de Baldon y Tolón publicaban la noticia a toda plana: «Marlon visita a la hija de un pescador y ha venido para celebrar su compromiso matrimonial». «La que pesca en ruin barca se ha prometido al célebre actor americano, Marlon Brando, genial intérprete de «La ley del silencio».

Marlon leyó los periódicos y quedó sorprendido

de la noticia. Había sido dada por la madre de Josiane a los periodistas; sabía que su hija deseaba triunfar en el cine y que Marlon podía ser en esta aventura el mejor padrino que le abriese las puertas de Hollywood. Brando pidió la cuenta en el hotel y se marchó de Baldon con destino a Roma. Josiane, desconcertada, se fué a París. La prensa continuaba infatigable solicitando noticias a la modelo de Kisling y ella, invariablemente, contestaba:

—Pensamos casarnos, pero no puedo decir cuánto. Con Marlon nunca se puede prever nada.

* * *

Marlon estaba en Roma y la decepción se dibujaba en su semblante. El alma inquieta y romántica de Marlon acompaña en su camino por las calles de Roma al actor que ha asombrado al mundo con sus interpretaciones; al actor que ha sabido escalar la gloria y con ella el prestigio de ser llamado «el primer actor del mundo». Pero Marlon camina triste y preocupado; todavía no ha encontrado la mujer ideal que pueda hacerle feliz plenamente. Todavía sus ojos buscan algo que no ha conseguido; todavía el hombre del que se dice que es un caso excepcional en el cine de hoy, está solo.

Marlon Brando es ya el genio para todos aquellos que le calificaron de «excéntrico», pero todavía es el enigmático actor que Hollywood no ha comprendido nunca.

Sus pasos se hacen más lentos y cansados y Marlon sigue solo su ruta.

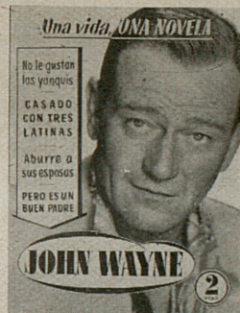


AN A LA VENTA!

FLYNN.—El actor más «taquillero» de América fué en su juventud tímido con las mujeres. Ahora se le considera uno de los hombres que pagan más crecidas cantidades en concepto de pensiones a sus ex-esposas. Una biografía sentimental y dinámica, en la que se plasma maravillosamente la triunfal carrera de este hombre que ha sabido ganarse las simpatías de Hollywood y de todos los aficionados al cine.



HEDY LAMARR.—La emocionante historia de una burguesita que escandalizó al mundo entero y asustó a Hollywood. Un destino extrañamente truncado cuando parecía haber alcanzado su punto culminante. Su firme decisión la convirtió en una de las más brillantes estrellas de la pantalla. ¿Por qué se apagó tan pronto su fulgor?



ERROL FLYNN.—La vida de un muchacho que no supo conformarse con la existencia plácida que su posición familiar le ofrecía. Por propia voluntad fué vagabundo, ayudante de cocinero, soldado, marinero, pescador de perlas, y otros mil oficios hasta llegar a ser escritor y astro de la pantalla.

